

DOS VIOLETAS DEL ANÁHUAC



Elvira Hernández Carballido

DEM
DEMAC

Mujeres de México. Biografía

Ficha bibliográfica: Dos violetas del Anáhuac, Documentos y Estudios de la Mujer (DEMAC), México, 2010. ISBN: 978-607-7850-22

Elvira Hernández Carballido

Dos violetas del Anáhuac

A Baruch, por existir

A mi mamá, por su gran apoyo

Alfredo, por todo lo que nos une y contra todo lo que nos separa

A Florence Toussaint por contagiarme el amor a la historia de la prensa en México

A DEMAC por motivarnos a contar historias de mujeres

Índice

Capítulo

1 Dos violetas del Anáhuac

2 El color violeta del siglo XIX

3 Una violeta

4 Una violeta con estilo

5 Dos violetas inolvidables

Bibliografía

1. Dos violetas del Anáhuac

¿Y si estas violetas pensarán? ¿Y si escribirán?

¿Y si en ritmo sonoro,

bajo el modesto nombre de ‘Violetas de Anáhuac’

*mil aplausos recibiesen
porque forman de ángeles un coro
que con envidia escuchan los poetas?
Y por decirlo de una vez,
su brillantez es tal que deslumbra,
y queda la duda
¿Son ángeles, flores o mujeres?*

(*Las violetas*, de José Ma. Rodríguez)

Con verdadero orgullo y una grata bienvenida los periodistas mexicanos recibieron la publicación de uno de los primeros periódicos del país escritos exclusivamente por mujeres, que circuló de 1887 a 1889. Mujeres convencidas de la importancia de la prensa y de su capacidad para dar a conocer públicamente sus ideas, pensamientos y opiniones.

Con el ramo de oliva entre las manos como muestra de la regeneración intelectual de la mujer, vivificadas con las puras enseñanzas de la antigüedad, se presenta hoy al público el modesto periódico Las violetas del Anáhuac.

Tribuna de la mujer mexicana interesada en formar parte del mundo periodístico, abrió una amplia brecha por la que las escritoras mexicanas empezaron a invadir la prensa nacional en todos sus géneros.

Su fundadora y directora fue la señora Laureana Wright y entre sus más constantes colaboradoras sobresalió Mateana Murguía. Ambas fueron el alma del periódico, las principales responsables de su contenido y línea editorial. Las dos fueron unas “violetas”

convencidas de la importancia de su papel en la sociedad.

Venimos al estadio de la prensa a llenar una necesidad: la de instruirnos y propagar la fe que nos inspiran las ciencias y las artes. La mujer contemporánea quiere abandonar para siempre el limbo de la ignorancia y con las alas levantadas desea llegar a las regiones de luz y verdad.

Las primeras mujeres periodistas y sus colaboraciones no aparecen todavía en la historia del periodismo mexicano. Laureana y Mateana fueron dos de ellas, los testimonios que dejaron plasmados en las páginas de sus semanarios permiten conocer los géneros que manejaron, ciertos modos de vida femeninos y una situación que puede ayudar a comprender mejor el presente, pues como dijo Rosario Castellanos:

Es lícito recurrir a fuentes no contemporáneas ya que en el pasado se hunden y se alimentan nuestras raíces. Porque muchos de nuestros actos, muchas de nuestras costumbres sólo se explican cuando recordamos.

La vida de Laureana Wright y Mateana Murguía son una oportunidad de conocerlas, descubrirlas y, quizá vemos reflejadas un poco en ellas.

2. El color violeta del siglo XIX

México cambió muchas veces su fisonomía a lo largo del siglo XIX. Inició la época como una colonia española, lanzó un grito de independencia en 1910, fue testigo de los desacuerdos para convertirse en un país autónomo, perdió una gran parte de su

territorio, reconoció que “el respeto al derecho ajeno es la paz” y fue gobernado por un hombre llamado Porfirio que trajo paz a su manera e injusticias a su modo.

Pero ¿qué pasaba con las mujeres mexicanas? Las primeras visiones sobre ellas no son gratas. Se les describe en un estado de inacción y aburrimiento que las hacia seres pasivos, débiles, incapaces de pensar por sí mismas, por que nadie esperaba esto de ellas, no contaban como personas porque no las dejaban cultivar sus ideas ni desarrollar su inteligencia.

Una primera figura que rompe con esas observaciones conservadoras es Leona Vicario. Participó en la Independencia de México como muchas mujeres más. Fue de las pocas que dejó por escrito testimonios de su visión y postura ante la vida. En el lapso de 1830-1832, envió al periódico *El Federalista*, algunas cartas, en donde respondió a las acusaciones de Lucas Alamán, pues este aseguraba que ella participó en el movimiento insurgente por amor a un hombre y no a un país libre. Ella defendió su honor de mujer y su prestigio de heroína:

Confiese U. Sr. Alamán que no solo el amor es el móvil de las acciones de las mujeres que ellas son capaces de todos los entusiasmos y los deseos de la gloria no le son unos sentimientos extraños; antes bien vale obrar en ellos con mas vigor, como que siempre los sacrificios de las mujeres, sea el que fuere el objeto o causa por quien las hacen, son desinteresados y parece que no buscan mas recompensa de ellos, que la de que sean aceptadas. Por lo que a mí toca, sé decir que mis acciones y opiniones han

sido siempre muy libres, nadie ha influido en ellas, y en ese punto he obrado siempre con tal independencia, y un atender que las opiniones que han tenido las personas que he estimado. Me persuado que así serán todas las mujeres, exceptuando (sic) a las muy estúpidas, y a las que por efecto de educación hayan contraído un hábito servil.

En la segunda década del siglo XIX algunas publicaciones periodísticas abren secciones femeninas que delatan a una sociedad absolutamente tradicional. *El águila Mexicana* (1826), *Almanaque de las señoritas* (1825) y *El Iris* (1826), comenzaron en insertar en sus páginas secciones especiales para damas, donde presentaban materiales que consideraban adecuados para ellas, ya fueran poesía, escritos literarios de diversa calidad o consejos, con la siguiente finalidad:

Ofrecer a las personas de buen gusto en general y en particular al bello sexo (sic), una distracción agradable para aquellos momentos en que el espíritu se siente desfallecido bajo el peso de atenciones graves, o abrumado con el tedio que es consiguiente a una aplicación intensa o a la falta absoluta de ocupación

Poco después, empezaron a circular publicaciones exclusivas para mujeres, pero escritas en su totalidad por hombres, ellos escribían, traducían y publicaban lo que a su juicio era lo apropiado para ellas.

Una de las primeras en aparecer fue *El calendario de las señoritas mexicanas* de Mariano Galván, en 1838. Destinado a la educación científica, moral y literaria de la mujer.

Después se dio a conocer *Presente amistoso dedicado a las señoritas mexicanas* (1847, 1851-52), de Ignacio Cumplido. Desde el primer número especificó la opinión y el destino que consideraban justo para las mujeres en ese momento:

Las mujeres, más débiles que nosotros en el orden de la naturaleza y en el de la sociedad, son inclinadas por el instinto mismo de su debilidad, a elegir de preferencia para objeto de su principal afecto y cariño, a un ser más fuerte que ella, que pueda sostenerlas, protegerlas y defenderlas.

Sin embargo, es preciso decir que no todos los escritos eran así, otros tenían diferentes opiniones, que expresaban el deseo de un cambio en la vida femenina, aunque eran la gran minoría:

Los que ponen tan abajo el entendimiento de las mujeres, que casi la dejan en puro instinto son indignos de admitirse en la disputa. Tales son los que asientan que a lo más que puede subir la capacidad de una mujer, es a gobernar un gallinero.

La mujer tiene todo contra sí, nuestros defectos, su timidez, su debilidad, y sólo se mira favorecida por su ingenio y por su belleza, de modo que parece justo que cultive ambas cosas.

A estas miradas podemos incluir la de una extranjera que visitó nuestro país y escribió un libro sobre lo que observó en la tierra mexicana. Ella fue la Marquesa Calderón de la Barca, esposa del primer embajador de España en México, que permaneció en nuestro país desde 1839 hasta 1841. Quizá observadora parcial debido a su extranjería y a su formación tan distinta, describió la apariencia física de las mexicanas, principalmente de las mujeres

ricas, narró las pocas oportunidades que tenía para reunirse en “sociedad”, así como el entusiasmo con que tomaba el velo de monjas, calificándolas de inútiles e ignorantes:

Hablando en términos generales he de decir que las señoras y señoritas mexicanas, escriben, leen y tocan un poco, cosen y cuidan de su casa y de sus hijos. Cuando digo leen quiero decir que saben leer; cuando digo que escriben no quiero decir que lo hagan siempre con buena ortografía y cuando digo que tocan no afirmo que posean en su mayoría conocimientos musicales... Pero si las muchachas mexicanas son ignorantes muy rara vez se les hecha de ver. Poseen un tacto sorprendente y nunca corren el riesgo de salirse de su medio

Las descripciones de la población femenina de la época que las encerraba en una vida conservadora son comprensibles al revisar contenidos como los insertados en el *Panorama de las señoritas* (1842), de Vicente García Torres. La publicación afirmaba en su primer editorial que se comprometía a solamente presentar a las señoritas como hermosas, como madres, como amantes o esposas, como amigas y consoladoras. Su objetivo era dar a las señoritas “un libro de puro entretenimiento, que no las fastidie, sino que al contrario les sirva de distracción en sus ocios”.

Juan R. Navarro fue otro editor que expuso su visión sobre el comportamiento femenino que la sociedad del siglo XIX exigía. Así dio a conocer *La semana de las señoritas* donde se proponía recrear a sus lectoras, así que anunciaba las últimas modas de París, publicaba artículos religiosos, históricos y novelescos,

aspectos relacionados con la economía doméstica, y se incluían también algunos anuncios publicitarios. En varios escritos, los colaboradores del semanario coincidían con las otras publicaciones respecto a su concepción sobre las mujeres:

Nosotros no opinamos que la mujer tiene menos espíritu que el hombre; pero es fuerza creer que el suyo es diferente...puede prevenir en parte de la pequeñez de su cabeza, de la estrechez de su frente, de lo largo de su sueño, de su debilidad natural y del trabajo que toma su compostura para aumentar sus atractivos, la coquetería y la continua cortesía. Puede también depender del las vicitudes de su salud, del tiempo que consagran en alimentarnos, criarnos, instruirnos. Ella está persuadida de nuestra superioridad, inclinada a la pereza y arrogante en nuestros homenajes: es cierto que su inteligencia es inferior que la nuestra. ¡Nadie duda que tiene menos memoria que nosotros!

En 1861 el presidente Benito Juárez decreta que las mujeres deben tener la oportunidad de estudiar. Es así como un número privilegiado asiste a colegios, normales, institutos e incluso escuelas de medicina y jurisprudencia. Se fundó la Escuela de Artes y Oficios para Mujeres, institución que preparaba a las jóvenes mexicanas para trabajar en caso necesario de no tener quien las protegiera.

Entre los cursos impartidos estaba el de la imprenta. La práctica de este oficio provocó que las alumnas crearan una publicación propia para ejercitar las tareas de impresión. Es así como por primera vez en nuestro país nace el primer semanario hecho por mujeres, fue

llamado *Las hijas del Anáhuac*. En su primer ejemplar ellas manifestaron sus objetivos y propósitos, los cuales nos permiten saber que en sus creadoras existía la firme convicción de que la mujer podía ya dar a conocer públicamente sus ideas, sin temor a la crítica o al rechazo, incitándola por lo tanto a instruirse para de esa forma producir hermosas y correctas composiciones, aunque advirtiéndole que no por eso dejaría sus labores domésticas, “misión sublime” que deben cumplir. Publicaron poemas, narraciones y artículos en torno a su condición femenina:

Ya no es mal visto que la mujer escriba y exprese sus sentimientos por medio de la pluma y nada más justo, porque cuantas jóvenes hay que careciendo de una amiga íntima o de un ser a quien manifestarle con confianza los sentimientos e su corazón, desean expresarlos de alguna manera; pues solo un alma egoísta se conforma con gozar o sufrir sola, y en esos supremos instantes de felicidad o de desgracia, en que nos encontramos aislados, grato es tomar una pluma y transmitir al papel las emociones que nos dominan. Además ¿por qué si el hombre puede manifestar públicamente las galas de su inteligencia, la mujer ha de estar privada de hacerlo, habiendo como hay mujeres cuyos talentos igualan a los de los hombres? No, escribid, bellas jóvenes de nuestra patria, y estudiad mucho, porque solo ayudando a la inteligencia con la instrucción, se pueden construir hermosas y correctas composiciones.

Las ideas contenidas en *Las Hijas del Anáhuac* oscilaron entre la postura tradicional del ser femenino y destellos de algún cambio en

sus condiciones de vida. Pero siempre ganaba más espacio ese deber ser impuesto por la sociedad patriarcal:

El mundo siempre censura la más sencilla de sus acciones, buscando un motivo para ridiculizarla.

Algunos creen que la mujer nació para esclava la hacen su víctima. Ella en cambio les da su amor y vive para ellos. Contempladla en todas partes y ni podéis menos que admirarla.

Mirad la madre y la encontrareis siempre al lado de vuestra cuna pronta a dar su vida por la vuestra, por que es toda amor, toda ternura. Ella es quien enjuga vuestras lágrimas, ella quien guía vuestros primeros pasos. ¿La queréis esposa? Vedla sacrificada en el hogar doméstico, tomando parte en vuestras penas y sin murmurar queja.

¿La queréis heroína? Id entonces a los campos de batalla y la encontraréis cerca del moribundo, y si es necesario, presentara su pecho para defenderle; le brindará el agua si tiene sed, el lecho si necesita reposo; y ¿sabéis en cambio de tanta abnegación y sufrimiento todo lo que obtiene? El yugo de la opresión, la indiferencia; he aquí el premio de tanto amor y ternura

Pero estas mujeres jóvenes del siglo XIX ya pronosticaban una transformación en la vida femenina de México. Por eso, escribieron con tinta violeta:

Todavía no se puede colocar nuestro periódico en el número uno de los otros muchos que honran la prensa mexicana; pero... ¡Quizá más tarde!...¡Tal vez en la decadencia de nuestra vida, se recordará con placer, que unas pobres hijas de México, deseosas

del progreso de tu país; no descuidaron (aún a costa de muchos sacrificios) Contribuir con sus humildes líneas, para lograr en su patrio suelo, esa regeneración sublime del sexo femenino, que se llama la emancipación de la mujer! Quizá entonces, este periódico que es hoy un insignificante botón de la corona que ciñe la literatura de nuestra patria, forme una de sus más fragantes flores. Tal vez dentro de algún tiempo, habrán otras jóvenes que siguiendo nuestro ejemplo, se lancen al difícil camino del periodismo, afrontando todas las espinas que en él se encuentran

Las mujeres que dejaron sus testimonios escritos por sus propios puños y letras permiten confirmar el lento pero seguro avance en la transformación de la vida femenina tradicional en el México del siglo XIX. Se observaba en ellas una resignación al deber ser impuesto y al mismo tiempo un cuestionamiento frágil pero constante sobre lo que se esperaba de ellas y lo que deseaban ellas. En 1883 el semanario *El álbum de la mujer* publicó:

¿Qué es la mujer entre nosotros? Para muchos una bestia de carga, destinada a servir a otra bestia mayor. Para otros, una criatura cuyo destino es criar hijos, cuidar la casa y chismear.

Para algunos, flor que se tira cuando se aja. Y para muy pocos una compañera, una amiga, un ser igual. Mientras el hombre se considere el amo de la mujer; mientras le niegue la igualdad civil; mientras no la mida con la misma vara que a sí mismo, no podrá decir con verdad que ha dado un paso en la senda del verdadero progreso.

El color violeta del siglo XIX presentó tonos de abnegación y de

reivindicación, de dudas y certezas en torno al ser femenino, cuestionamientos y advertencias sobre transformaciones sociales en pos de una mujer libre e independiente pero al mismo tiempo virtuosa y leal a los principios patriarcales pero a la vez crítica e irreverente:

El hombre ha querido ciega a su compañera para que no le viese caminar por sendas cubiertas de fango; la ha querido sin criterio para que no le pidiera cuanta de su conducta ligera, y para subyugarla sin razonamiento de ninguna especie ante despóticas leyes de su caprichosa fantasía; ha comprendido el hombre que al suavizarse las costumbres, el centro del mundo pertenece a los reyes de la inteligencia, y para doblegar a su compañera, sometiéndola a un ominoso yugo y a una postración moral muy lamentable, ha mutilado sus facultades intelectuales y la ha sepultado en las tinieblas, sumiéndola en la más oscura ignorancia, para que se estrellara indefensa y sola en los escollos de la vida.

El hombre quiere débil a la mujer para hacerla su juguete, para explotar su debilidad, permítaseme esta frase escapada de mi indignación y que repugna mi delicadeza, frase que no borro por no encontrar otra más gráfica para lo que quiero expresar.

Es absurdo que deseis débil a la mujer; vuestra tenaz obcecación os hace conspirar contra vuestros propios intereses. Decidnos: si tan débil es, si todas lo son ¿Porqué le entregáis vuestro nombre? ¿Por qué le fiáis el cuidado de guardar vuestra honra? Si no hay mujeres dignas, os estimais en muy poco al unirnos con ellas en

eternos lazos.

¡Hombres aturdidos, cuando negais la virtud de la mujer, pensad en vuestra madre y en vuestras hermanas!

Considerad a la mujer bajo cualquier aspecto, y la encontraréis fuerte y valerosa: la mujer es igual al hombre en fuerza moral.

Abrid las páginas de la historia y hallaréis mujeres enérgicas, espíritus viriles, cuyas hazañas os harán comprender que el talento de los grandes generales no es patrimonio exclusivo del sexo denominado fuerte: observar que el heroísmo es común a los dos sexos, porque el heroísmo, el genio y el alma, no tienen edad ni sexo.

Hombres, tened presente que no os disputamos la fuerza física, pero nos declaramos en fuerza moral igual a vosotros.

Será en este contexto donde nazcan, crezcan y muestren su visión de vida dos mujeres mexicanas seguras de sí, dispuestas al cambio a través de su propia experiencia y de su discurso. Ellas son Laureana y Mateana, dos violetas del Anáhuac.

3. Una violeta inspirada

*Manifestar el deseo
que nos dicta nuestra mente
expresar lo que se siente
sostener lo que se cree.
De nuestro sexo abatido
deplorar el retroceso
y aspirar a su regreso*

con anhelo de mujer

(Respuesta, 1887).

Poeta y periodista, ensayista y cronista. Ella nació en el siglo XIX, su nombre: Laureana Wright González.

Ubicarla en su tiempo y en su contexto social permite advertir que en cierta manera rompió con el prototipo femenino de su época. La inacción y el aburrimiento, la ignorancia o la vida conventual no formaron parte de su vida cotidiana. Semana a semana, desde su oficina ubicada en el centro de la ciudad, preparaba el próximo número de su periódico, revisaba las colaboraciones y permitía que sus escritos fueran comentados por sus compañeras.

¿Cuál sería el pasaje extraordinario en su vida que influyó en su gusto por las letras, su fe en el intelecto de las mujeres o su absoluta confianza en sí misma para dar a conocer sus sentimientos e ideas a sus lectores? ¿El haber nacido en una tierra hermosa como Taxco? ¿El haberse educado en la ciudad de México? ¿El pertenecer a una familia con buena posición económica?

Esto no es obra de genio,

de virtud ni de talento.

Es tan sólo el cumplimiento

de una tendencia común.

Es efectuar lo que haría

todo cerebro que alcanza,

un destello de esperanza,

una ráfaga de luz.

(Respuesta, 1887)

Tal vez su madre, doña Eulalia González —mexicana— deseaba que Laureana además de ser una buena hija y una señorita encantadora aprendiera a tocar el piano o rezar el rosario, supiera sobre historia y otros idiomas.

Quizá su padre, el norteamericano Santiago Wright, ante la solvencia que le daban las minas plateras, pagó lo necesario para que su hija tuviera profesores particulares que le enseñaran, además de leer y escribir, sumar o restar, a tener gusto y pasión por aprender ciencia y literatura.

En 1846, fecha de su nacimiento, las mexicanas —como describió la Marquesa Calderón de la Barca— sólo escribían, leían, cuidaban de su casa y sus hijos. Pero a Laureana sus padres le depararon otro destino, tal vez sin planearlo, al otorgarle una educación más amplia que la acostumbrada en la época para una mujer.

*Ayer la sombra, la tiniebla oscura, opacando los rayos de luz;
el atraso impidiendo el adelanto,*

la ignorancia esparciendo su capuz hacia nosotras.

Hoy, el progreso de la especie humana

la cátedra, la escuela, la verdad;

la ciencia difundiendo por doquiera

*el avance civil e intelectual nos envuelve. Mañana el resplandor
claro del día,*

de la paz, de la dicha, del amor

el reinado feliz de la justicia,

el imperio intelectual a nuestros pies.

(Ayer, hoy y mañana, 1887)

Entonces, Laureana sorprende a sus profesores por su inteligencia, interés en el estudio y pequeños versitos, muy celebrados en su círculo familiar. Desde entonces el amor a su patria, a su sexo y a la naturaleza fueron temas plasmados en sus escritos.

Sin embargo, será hasta los 19 años cuando empiece a dar a conocer sus primeros poemas y los círculos literarios del siglo XIX se interesen en conocerla, los directores de revistas especializadas la invitan a colaborar.

“Laureana Wright es una libre pensadora que ha roto lanzas contra todo oscurantismo. El vigor de su intelecto aventaja al de muchos escritos que se juzgan de poetas muy varones cuando escriben. *Sus ideas sobre su grandioso ideal, la emancipación de la mujer, son altamente filosóficas y morales, y los aplausos que han merecido sus hermosos pensamientos nunca le han envanecido, porque siempre han resonado en su corazón no como un homenaje a su indisputable talento, sino como una esperanza para el porvenir.*

(Opinión del señor Refugio Nicoli, periodista de *El observador*)

Durante cuatro años, en las publicaciones literarias más importantes de la época, Laureana publica sus poemas sin interrupción alguna.

El mundo de las letras le abría sus puertas de par en par.

Morena perla nacida

entre corales y juncias, princesa que no renuncias

el origen de tu vida

y aunque de gala vestida

por la España señorial,

*en tu frente juvenil
tu penacho conservaste
y bajo el manto guardaste
la sandalia y el huepil.*

(A Cuba)

Sin embargo, a los 23 años se casa con el señor Sebastián Kleinhans —ciudadano de Alsacia, radicado en México— y decide dedicarse absolutamente a su hogar y, poco después, a su primera y única hija: Margarita.

Por suerte, sus colegas no le permiten retirarse. Entonces comienzan a hacerle reconocimientos públicos, a convidarla a sus veladas literarias, a invitarla constantemente a colaborar en sus publicaciones.

Es así como en 1869 fue nombrada socia honoraria de la deidad Netzahualcóyotl, a petición del gran poeta Manuel Acuña. Ingresó a la sociedad científica “El Porvenir”, en 1872. También, a petición de otro gran intelectual, el periodista Ignacio Ramírez, se hizo socia del Liceo Hidalgo. Poco después lo fue del Liceo Mexicano y del Liceo Altamirano de Oaxaca.

*Yo señora, os he soñado
con escultural cabeza
cuya artística belleza
han mis ojos contemplado.*

*Un ángel a nuestro lado
violetas entrelazaba,
una guirnalda formaba,*

*con laurel la entretejía
en vuestra sien la ponía
y sonriente os contemplaba.
Mas para vos que lleváis
a la virtud por piloto,
no harán ábrego ni noto
que en la lucha sucumbáis,
y pues que ejemplo nos dáis
seguiremos vuestra huella
mirando cómo la estrella
que nos señala el camino
cual la del norte marino
señala con su luz bella.*

(A Laureana, de Dolores Mijares)

Fue de esa manera como Laureana continuó en el mundo literario. Si bien en un inicio daba a conocer únicamente versos, poco a poco comenzó a publicar reflexiones en tomo a la situación del país, sobre cuestiones literarias y, más tarde, sobre las mujeres mexicanas.

Colaboró en periódicos como *El estudio*, *El diario del hogar*, *El federalista*, entre otros. Un suceso muy interesante que aconteció en esos años fue que Laureana vivió en carne viva la censura del gobierno, a tal grado que estuvo a punto de ser expulsada del país. En efecto, ella se “atrevió” a criticar duramente la política del presidente Manuel González (1880-1884) y censuró su proceder contra los trabajadores mexicanos. El primer mandatario, por

medio de su secretario, le mandó decir que ella era una extranjera —debido a su apellido— que no debía opinar sobre lo que ocurría en México. La señora Wright no respondió directamente y simplemente lamentó que la verdad no pudiera publicarse e hiriera tanto que se llegara a la amenaza. Fue defendida por varios compañeros suyos, que la describieron como una de las mejores escritoras del país. Su amiga y también periodista, María del Alba, llegó a publicar que:

Cuando Laureana habla parece que canta; pero cuando escribe parece que sentencia.

Yo no recuerdo haber leído nada de Laureana escaso de provecho, ni disertación alguna que contuviese el “cacareado” desengaño de los poetas.

Por el contrario, en todas sus producciones he tenido que prender yo algo de ellas, y a veces he meditado en el filosófico fondo de sus escritos, cómo una mujer escasa de fortuna, obligada a los quehaceres del hogar, que nunca ha viajado y joven todavía pueda romper con la inflexible lógica de sus argumentos el silencioso martirio de la obscuridad intelectual a que ha vivido reducido nuestro sexo y penetrar con las fuerzas vivas de la fértil y vigorosa inteligencia en el centro profundo de las ciencias naturales, de la vida social y otras cuestiones, sin más guía que sus libros, ni más consejero que su propia reflexión.

Sin duda, cuando una mujer inspira tal reflexión, demuestra tener una vocación pública fuera de lo común, y por lo tanto no podía Informarse con enviar textos a diferentes diarios, tenía que crear la

tribuna propia e invitar a sus contemporáneos a participar en ella. Es así como surge el semanario *Las violetas del Anáhuac*, el 4 de diciembre de 1887.

Con el ramo de oliva entre las manos, como muestra de la regeneración intelectual de la mujer, vivificadas con las puras enseñanzas de la antigüedad, se presenta hoy al público este periódico.

Venimos al estadio de la prensa a llenar una necesidad: la de instruirnos y propagar la fe que nos inspiran las ciencias y las artes. La mujer contemporánea quiere abandonar para siempre el limbo de ignorancia y con las alas levantadas desea llegar a las regiones luz y verdad.

Llamadas en un principio *Las hijas del Anáhuac*, pero debido que una hoja suelta circulaba en la ciudad con el mismo nombre, optaron por el nombre de *Las violetas del Anáhuac*, el 22 de enero 1888.

Fundadora y directora, Laureana Wright se encargó de repartir su semanario entre los periodistas más reconocidos de la época y en redacciones de todos los diarios capitalinos. Además hizo una abierta invitación a todas las mujeres mexicanas:

La mujer mexicana, adicta por naturaleza a todo lo bello y a lo grande, ha llegado en su mayor parte a un grado bastante elevado de ilustración, y necesita por lo mismo un campo donde pueda ensanchar sus conocimientos y darlos a luz, haciéndolos extensivos a su sexo en general, a fin de que se levante a la altura de la sociedad en que vive y de la época que representa.

Con tal propósito, no sólo ponemos a las órdenes de todas las escritoras de la República las columnas de este semanario, sino que excitamos a las jóvenes que empiezan a hacer sus primeros ensayos literarios a que nos envíen sin temor algunas de sus producciones.

Ojalá que nuestros trabajos alcancen el loable fin que nos proponemos, pues en él habremos realizado uno de nuestros más bellos ideales: la representación de la mujer en la prensa, con el establecimiento de un periódico femenino, que tal vez algún día llegue a figurar como uno de los primeros ejemplos de nuestra literatura patria.

El semanario solamente circuló hasta 1889. Pese a su corta vida, Laureana fue una de sus más constantes colaboradoras y escribió sobre los más variados asuntos, pero su tema principal fue sin duda alguna la situación femenina.

Fue así como, desde el primer número, publicó biografías de mujeres mexicanas, ya que como ella misma manifestó:

Si para lograr nuestro objeto de enaltecer por sus obras a nuestro sexo nos hubiéramos atenido a las crónicas oficiales en éste, como en otros tiempos, nada habríamos obtenido, descuidadas otras y más generalmente superficial y comprendida, sobre todo tratándose de las proezas cívicas que las mujeres no obstante hallarse privadas del derecho de ciudadanía han llevado a cabo; nuestra historia, decimos, casi por lo general apenas menciona tales proezas si no es que las calla por completo.

Así pues, Laureana se dio a la tarea de rescatar la vida de aquellas

mujeres de nuestro país “*notables por su ilustración, por sus adelantos o por sus cualidades morales*”.

Insertó más de una veintena de semblanzas y el primer personaje femenino biografiado en su periódico fue la esposa del presidente de la República, doña Carmen Romero Rubio de Días.

En esta primera biografía, quizá por el renombre de la citada dama, comenzó con una justificación, no quería ser tachada de aduladora o interesada, así en los dos primeros párrafos, de manera sutil declaró que por un acto de justicia al mérito y a las bellas virtudes de la señora Díaz había decidido presentar su semblanza y no por su alta posición social.

En seguida, por medio de frases laudatorias describió el tipo de educación recibida por Doña Carmen y las expresiones utilizadas por la directora de *Las violetas del Anáhuac* nos permiten advertir que para ella esta mujer constituía un ejemplar femenino digno de admiración:

Esta aplicada señora desde sus más tiernos años reveló un carácter bondadoso y afable y una constancia y amor al estudio, que unidos a la esmerada educación que recibió de sus sabios maestros... bien pronto hicieron fructificar las brillantes facultades de su inteligencia, desarrollando en ella una vasta y variada instrucción, realizada por su exquisita modestia y su natural sencillez. Al llegar a la pubertad la inteligente discípula terminó sus aprendizaje; poesía a la perfección los idiomas inglés y francés, había dominado la música y el canto, y ejecutaba varias delicadas labores de aguja, especialmente las de bordados. Era

ya, en fin u a cumplida señorita.

Cuando Laureana Wright mencionó el casamiento de la biografiada con el presidente Porfirio Díaz, utilizó adjetivos y metáforas para realizar la importancia del acontecimiento:

A la edad de 17 años contrajo matrimonio con el general D. Porfirio Díaz, actual presidente de la República; mas al cambiar el blanco cendal de la niña por el augusto manto de la esposa, no alteró ni la dulzura de su carácter ni la bondad de sus infantiles sentimientos: antes bien su nuevo encubrimiento vino a aumentar el caudal de sus cualidades que la adornaban proporcionándole espacio para ejercer las nobles virtudes en que abunda su alma.

Para demostrar que Doña Carmen Romero Rubio poseía realmente un corazón bondadoso, “filantrópico y sensible”, citaba los actos caritativos que ella realizaba a favor de los desvalidos. Finalizó la biografía sin dejar de adular a Doña Carmen y aseguró que a grandes rasgos había delineado la imagen de una mujer sensible e inteligente, cuya “bella alma” continuaría beneficiando a muchos seres no sólo porque deseaba hacer el bien sino porque, gracias a su prestigiada posición social, contaba con los elementos necesarios para ejecutarlo.

En sus demás biografías continuó con el mismo estilo y narró las vidas de Sor Juana Inés de la Cruz, Isabel Prieto de Landázuri, Dolores Guerrero, Esther Tapia y Gertrudis Tenorio de Zavala, todas ellas poetas.

Escribió también sobre la vida y triunfos de la distinguida cantante mexicana Ángela Peralta, de la actriz Leona Paliza, de la

historiadora Emilia Beltrán y Puga.

De igual manera ofreció datos biográficos de colaboradoras de su semanario como la profesora Rosa Navarro, la cronista Fanny Nataly, la escritora Ignacia P. de Piña, Dolores Correa de Zapata, Dolores Mijares y Mateana Murguía.

Existen dos biografías que por su peculiar contenido han llamado la atención de quienes, actualmente, conocen las biografías de Laureana. Una de ellas se refirió a la vida de la primera doctora mexicana Matilde P. de Montoya, considerada por la señora Wright como una de las grandes y nobles figuras del país, ya que representaba “la grandeza de alma y de la energía moral de la mujer”. Relató su vida cronológicamente, detalló su trayectoria de estudiante y demostró indignación cuando citó los ataques que la doctora Montoya sufría constantemente por parte de la gente que no creía en su capacidad ni en su vocación. Por lo tanto, en algunos párrafos la defendió de tales calumnias:

Difícil tarea sería la de enumerar las diversas versiones injuriosas que se propalaban por todas partes contra esta virtuosa neófita de la ciencia, durante los largos años de sus estudios; por lo que sólo mencionaremos y desmentiremos una sola de las acusaciones gratuitas que se le lanzaron y que es la de declararla ausente de todo pudor, haciendo circular la especie de que asistía al anfiteatro con todos sus condiscípulos y que trabajaba sobre los cadáveres desnudos. Lo cual es absolutamente falso; pues este fue uno de los grandes escollos que tuvo que vencer habiendo conseguido, aunque con gran trabajo, que el Director de la

Escuela permitiera que los cadáveres se cubriesen convenientemente, cuando tenía que asistir a las clases, y cuando la materia que se iba a tratar era de tal naturaleza, que se exigía que el cadáver permaneciese descubierto, los mismos alumnos le avisaban y no asistía a clase, sino que esperaba a que todos se retiraran para encerrarse sola en el anfiteatro y hacer sus estudios sin testigos.

A pesar del hincapié en el recato de su biografía, Laureana nunca dejó de reconocer su inteligencia, su constancia y valentía para titularse en una profesión hasta ese momento sólo para hombres. Concluyó su semblanza con muchas alabanzas para la doctora Matilde P. Montoya, aseguró que era una mujer de alma noble, honrada y perseverante que logró vencer a los envidiosos, dominar el campo médico y abrir paso para todas aquellas que desearan seguir el camino de la ciencia.

El otro escrito de Laureana Wright que resultó interesante no giró en torno a la historia de vida de su personaje, más bien narró la injusticia cometida contra una humilde mujer llamada Agustina Ramírez de Rodríguez.

No ofreció datos biográficos de Doña Agustina, simplemente mencionó que esta mujer había perdido tanto a sus doce hijos como a su marido en la guerra de Intervención y que la legislatura del Estado tardó más de quince años en determinar cuál sería la cantidad precisa de dinero que merecía la señora como pensión, según lo estipulado por la ley. En el transcurso de ese tiempo, Doña Agustina vivió en la miseria total y cuando por fin los

legisladores concedieron ofrecerle lo que a su parecer era lo justo, la mujer estaba a punto de morir.

Una biografía más que ha causado gran interés en las pocas estudiosas de las narradoras del siglo XIX, ha sido sin duda la dedicada a la Malinche, pues la critica severamente por su “vileza y alta acción”. “La loca pasión que le inspiró Cortés y que la hizo faltar a la dignidad de su estirpe, a la fidelidad de sus creencias y a sus deberes de nacionalidad, la hicieron consagrarse al destructor de su raza”. Juzgada sin tregua, Malinche fue la única de sus biografiadas considerada como un mal ejemplo para las mujeres. Posiblemente el gran patriotismo de Laureana la llevaron al extremo de censurar a una mujer que hasta el momento todos juzgan pero nadie conoce.

La gran mayoría de esas biografías fueron publicadas en una antología titulada *Mujeres notables mexicanas*. Editada por la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes en México y dividida en cuatro secciones: la primera dedicada a mujeres indígenas, la segunda a mujeres de la época colonial, la tercera a heroínas de la independencia, y la última a mujeres de su época. Por desgracia. Laureana ya no pudo ver ese libro, pues fue publicado en 1910 y ella murió en 1896.

Además de insertar biografías en su semanario, también incluyó ensayos de variados temas. Por ejemplo, durante siete meses, a partir del 8 de enero de 1888, publicó varios escritos seriados donde interpretaba los sucesos históricos más importantes del país, desde la llegada de los españoles hasta el movimiento armado de

1810, por tal motivo los tituló: “Algo sobre la conquista y la independencia de México”.

En su primer artículo ofreció una amplia introducción al tema, presentó reflexiones en torno al significado de la guerra y aseguraba que en el siglo XIX varios países recurrían a la guerra de la misma forma que la sociedad recurría a la pena de muerte, “para sofocar el crimen que no han sabido prevenir” y, según ella, en ambos casos odia hallarse el éxito práctico pero no “la lógica de los derechos ni a justificación moral”. Sin embargo, admitía que podían existir guerras justas, útiles, de benéficos resultados para las naciones en pugna y citó como ejemplo concreto las sostenidas entre España y otros pueblos americanos que intentaba conquistar. Calificó ese tipo de lucha como un “nuevo género de guerra”, para ella las expediciones realizadas por los españoles en el nuevo continente fueron asombrosas y de esta manera llegaba al punto trascendente de su escrito: comentar la conquista de nuestro país pero advirtió que trataría de no tomar en cuenta las apreciaciones del vulgo, pues éste, afirmaba, se había dejado dominar por el amor patrio y por el odio, razón por la cual juzgó “apasionadamente los sucesos y convirtió las debilidades en bajezas, los errores en crímenes”. Pero, Laureana reaccionó de la misma manera, en la mayoría de sus ensayos se reflejó una actitud patriótica, sus comentarios se caracterizaban por su ofuscación, sentimentalismo y parcialidad.

Por ejemplo, en el segundo artículo, demostró gran inclinación por las acciones de Cristóbal Colón, en cambio, mostró gran aversión

por los actos de Hernán Cortés.

Llegó a considerar que si España se encontraba en uno de los periodos de mayor adelanto, su única finalidad en la conquista debió haber sido buscar el mejoramiento civil de aquellos pueblos, “su primer deseo educarlos, puesto que pensaban hacer de ellos una Nueva España”, pero hicieron todo lo contrario y aniquilaron al pueblo azteca.

Después de la conquista, escribió que nuestra nación vivió grandes pesadumbres y soportó la más cruel esclavitud, pero todo tiene un límite, así que llegó “la hora propicia de insurrección”, que se anunció sola, “como sola se anuncia la florecencia de las plantas”, así fue como en 1810 el padre Hidalgo se levantó en armas.

Laureana le dedicó tres artículos a este personaje histórico, lo consideró el personaje más importante en los inicios de la guerra de independencia, porque despertó al pueblo de la “inercia en que yacía”.

También presentó comentarios sobre otros héroes de la Independencia, los alabó y consideró que cada uno de ellos cumplió con acierto el papel que el destino o que sus virtudes les hicieron desempeñar en ese momento histórico.

Cuando hizo referencia al triunfo de los insurgentes dio por finalizados sus comentarios, aunque aclaró que tanto nuestra nación como la española no se odiaban.

En esta era de verdadera civilización, estas dos naciones, hija una de la otra, no pueden ser contrarias; si en otro tiempo la guerra, el orgullo y el odio las separaron, haciendo cada una consistir su

gloria en la humillación de la otra; hoy que comienzan a marchar por la senda de la paz y la justicia, relegando al olvido los extravíos de sus borrascosos pasados; hoy que instruidas ambas por una dolorosa experiencia, purificadas por sus mismos sufrimientos, se hallan en estado de poder comprender sus yerros, llegará un día que mutuamente recuerden sin resentimientos y sin ira, las dos obras más grandes de sus respectivas historias: la conquista y la Independencia de México.

Pero Laureana no solamente tocó temas históricos, también escribió sobre cuestiones de mayor actualidad. Así pues, integrante activa del periodismo nacional no podía estar ajena a la situación del mismo y a través del artículo “El periodismo en México”, ofreció un panorama muy personal sobre su desarrollo y perspectivas. Como era su costumbre, inició con una larga introducción sobre la importancia de la literatura, del valor de la lectura y de la maravilla de un gran invento, la imprenta. Gracias a ese magnífico aparato, decía, uno de los “diversos y variados ramos que abrazaba la literatura moderna se incrementaba: el periodismo”. Alababa que en otros países los periódicos tuvieran tantos lectores y produjeran espléndidas utilidades a sus editores. Gracias a los diarios, sostenía, “la cultura se extendía con gran rapidez”. Sin embargo, aseguraba que en nuestro país no existía el mismo fenómeno, pues la gran mayoría de los ciudadanos eran apáticos a la lectura, motivo que provocaba en primer lugar un decaimiento en la instrucción y en segundo lugar hacía que el periodismo no fuera una buena inversión para los editores, a

menos que contaran con el apoyo de alguna institución oficial.

Laureana estaba completamente convencida de que en nuestro país se leía poco, basaba su afirmación en el hecho de que existía un número reducido de suscriptores, tanto en las publicaciones literarias como en los diarios que ofrecían información local e internacional.

Este hecho le causaba una gran decepción y así lo manifestó en uno de los párrafos del citado artículo:

Este indiferentismo presenta el desconsolador espectáculo de tropezar a cada paso con infinidad de personas que en medio de las luces de la ilustración, vegetan puramente con la vida animal, entregadas a la más crasa ignorancia y conservando intactas las preocupaciones, las aberraciones y los errores que la luz no ha podido disipar en sus cerebros, porque rechazan los reflejos de su radiante claridad.

A lo largo de su escrito demostró conocer bien los diarios que circulaban tanto en la capital como en la provincia, su contenido y especialización.

Entre los periódicos de los estados recordamos varios magníficos como “El ferrocarril”, de Veracruz; “El pensamiento”, de Mérida; “La palabra”, de Oaxaca, y otros muchos tan útiles como amenos que sería largo enumerar. Entre los de la capital, haciendo abstracción de los diarios políticos, tenemos varios destinados a difundir la ilustración entre todas las clases, y entre los cuales citaremos “El diario del hogar”, que a la variedad de sus noticias y el atrevimiento de sus ideas, reúne la tendencia de

destruir la preocupación en el seno familiar. “La enseñanza objetiva”, semanario en extremo benéfico y desde hace diez y ocho años viene sembrando en el corazón de la niñez los gérmenes de la moral y de la instrucción. Existe por ahí el democrático e inteligente “Monitor del pueblo”, y “La mujer”, periódico que acaba de ver la luz pública, y al cual cordialmente saludamos, pues anuncia el mismo objeto que nosotras nos hemos propuesto en este semanario: la ilustración y el sostenimiento de los intereses y derechos femeninos. Pues bien, estos y muchos más periódicos tienen que luchar contra la indiferencia y el desprecio del público en general.

Dicha situación, reiteraba, hacían del periodismo “una de las más penosas e ingratas de las tareas”.

Una y otra vez repitió que si el periodismo continuaba bajo esa triste situación, esta labor solamente significaría un sacrificio para todos aquellos que la practicaban; pero, también afirmó que muchos periodistas del país no cesarían en su empeño de contribuir al adelanto de sus compatriotas y seguirían dando a conocer sus ideas a través de diversas publicaciones.

Laureana Wright también plasmó sus reflexiones en torno a temas religiosos. Lo curioso del asunto, es que ella no hizo referencia al tema del fanatismo ni fervor, su artículo titulado “Jesucristo”, presentó una visión poco ortodoxa.

En efecto, para ella Jesús fue un filósofo y el más importante de todos los tiempos, porque ni Platón, Sócrates o Confucio lograron expresarse como Cristo, cuyas palabras hacían vibrar a todo el que

lo escuchara.

Laureana se expresó en este artículo de manera clara y concisa, parecía no pretender imponer sus interpretaciones sino dar a conocer una postura muy distinta en relación a la labor de Jesucristo.

Queda pues sentado que el reformador judío como moralista predicó la moral más pura que jamás se había conocido en el mundo: la que carece de todo interés terrenal, la que ejecuta el bien mismo, y no por resultados del momento.

Como demócrata anuló los regímenes de la tiranía, y redimió a los hombres de la esclavitud, haciéndoles comprender sus derechos y sus deberes entre sí. Como filósofo estableció un sistema enteramente nuevo hasta entonces: el vencimiento de las pasiones, el desprecio de todos los bienes de la tierra, el perdón de las ofensas devolviendo amor por odio, y la esperanza de otra vida de ventura y de paz. Como político no atacó la tiranía con la fuerza sino con la razón; no empuñó la espada de la muerte, sino la antorcha de la luz, no destruyó, edificó el reinado de la justicia y la equidad, compadeciendo a los ciegos que teniendo ojos no ven, y a los que teniendo oídos no oyen.

Esta era la imagen que Laureana tenía del Hijo de Dios, la de un hombre que actuó como moralista, reformador, político y religioso por el bien de la humanidad, no la de una criatura sagrada a quien a de rezarle o expresarse con ciego fervor. Otros temas tratados la señora Wright fueron los relacionados a la educación escolar de los niños, sobre cuestiones científicas o artísticas, criticó los

constantes cambios de la Academia de Idiomas en las reglas de ortografía definió términos como la mentira y la calumnia e incluso diferenció al materialismo del idealismo. La activa participación de Laureana Wright en su semanario se vio de pronto cortada abruptamente, el 17 de febrero de 1889, *Las violetas del Anáhuac* anunciaron que su directora padecía una enfermedad que la forzaba a dejar el semanario. Sus compañeros lamentaron la partida de su amiga y en su lugar quedó Mateana Murguía de Aveleyra, quien por cierto se expresó así de su colega, ejemplo y compañera de vida:

En nuestra alma existe un vivo sentimiento de cariño y admiración por Laureana; para nosotras es el más bello tipo de instrucción y virtud, y cuando hemos tenido ocasión de apreciarla como mujer, como madre y como poetiza hemos exclamado de lo íntimo de nuestra conciencia: Si todas las mujeres sintieran como ella, si todas las madres educaran como ella, si todas las escritoras pensarán como ella, la regeneración social pronto dejaría de ser una irrealizable utopía.

Si bien dejó de colaborar y de dirigir su semanario, trató de no apartarse del periodismo, por lo que publicó en otros periódicos. En dichos escritos sobresalió su gran interés por cuestionar la situación femenina y proponer alternativas de emancipación. Por ejemplo, en 1893 dio a conocer un artículo en el semanario *El correo de las señoras* titulado “La mujer perfecta”, donde criticó el deber ser impuesto a la mujer por la sociedad y vislumbró otra manera de valorarla como tal:

Lo mismo que se le priva del libro, del telescopio y del botiquín, se le priva de la cámara fotográfica, del buril y de la vara de medir, quedándole sólo como representación humana la maternidad, como representación social la subyugación ante el hombre, como elementos de distracción y de trabajo el tocador, la aguja, la cocina.

Delante de tal desequilibrio y de tanta usurpación, la mujer perfecta, hasta donde puede serlo nuestra raza, será la que tomándose los derechos y los recursos que indebidamente se le niegan, se levante de la inutilidad en que vegeta, la que sea digna de las altas misiones a que puede hallarse obligada, la que sea capaz de dirigir por sí sola al puerto de salvación la frágil embarcación de su porvenir, la que lo mismo sepa ser esposa que socia; mecer la cuna del tierno infante y educar el párvulo, que formar al adulto conforme a la razón y a la ciencia; la que lo mismo sepa invertir el capital del marido según la profesión u oficio que posea, y la que, en fin, extendiendo la alegría, la moral y la virtud del hogar a la sociedad entera, lo mismo sepa dar lucimiento a una soiré con distinción y gracia, que asistir a una asociación filantrópica, mutualista, progresista o cívica.

¿Qué necesita la mujer para llegar a esta perfección? Fuerza de voluntad, valor moral, amor a la instrucción y sobre todo, amor a sí misma, y a su sexo, para trabajar por él, para rescatarlo de los últimos restos de la esclavitud que por inercia conserva.

Con mucha razón, los biógrafos de Laureana la han llamado precursora del feminismo en México. Muchos de sus escritos

permiten sostenerlo con pruebas:

Para erigirse en árbitro del hogar, el hombre ha alegado contra la mujer los motivos de siempre: “debilidad física e incompetencia de criterio y de juicio”, y en esto, como en lo demás ha faltado también a la verdad; porque al tomar la supremacía, la ha despojado de sus derechos sin disminuir en nada sus deberes, de lo que ha resultado que físicamente ella ha tenido que resistir a un trabajo más minucioso; más continuo y más penoso que él. Sus faenas no terminan nunca y su decantada “debilidad” se ha connaturalizado con la vigilia, con el ayuno. Ella, la débil, ha pasado la vida inclinada sobre la cuna de las generaciones y a pesar de la flaqueza de sus fuerzas demuestra una gran fortaleza. Sin temor ni indecisión, criticó la situación femenina en México, principalmente lamentaba las pocas oportunidades para poder ilustrarse por el simple hecho de ser mujer.

Si se considera a la mujer como niña, que como a tal se la proteja y se la ampare; si se la considera como mujer, que le den todos los elementos educativos y todos los derechos sociales de los que disfruta el hombre. Desgraciadamente, no sucede ni lo uno ni lo otro, especialmente en México, donde la mujer conserva casi todas las prescripciones del feudalismo paterno y marital; donde el hombre, monopolizador de la instrucción y de la luz, al ir desprendiéndose de sus errores, supersticiones y fanatismos, ha tenido especial cuidado de refundirlos y depositarlos en ella.

Para Laureana Wright la posibilidad de superación de las mujeres se encontraba en la educación. Si la mujer era instruida como el

hombre, podía llegar a ser un verdadero ser en la sociedad.

Es necesario que la mujer deje de considerar la instrucción, el adelanto y la ciencia como bienes hereditarios del hombre; y que en vez de entregarse por completo a la molición de fútiles entretenimientos, como adulta, penetre en todas las cátedras del estudio, como madre lleve a sus hijos sin distinción de sexos, y según sus facultades, a los planteles de educación científica, literaria o artística que los pongan al corriente de todos los conocimientos teóricos y prácticos de que hoy sólo disfruta el hombre.

En un artículo titulado “La emancipación de la mujer por medio del estudio”, publicado póstumamente en el periódico *La mujer mexicana*, en 1905, reiteró la importancia de la educación femenina.

Lo repetimos, sólo hallándose la mujer a la misma altura que el hombre en conocimientos, podrá levantar su voz, hasta hoy desautorizada, diciéndole: “Te reclamo mi reivindicación social y civil; te reclamo mis derechos para poder cuidar de mí misma y de mis principales deberes que son los de la familia, de cuya educación dirigida por mí depende la sólida cultura de las generaciones futuras. Conozco el lugar que debo ocupar, ya no soy la esclava, sino la conductora de la humanidad. En suma, como padre, tienes que darme la misma educación que a mis hermanos; como esposa la igualdad de poderes que en todos sentidos me corresponde.

Sus reflexiones en torno al tema fueron publicadas en dos libros: *La emancipación de la mujer* (1891) y *Educación errónea de la*

mujer y medio práctico para corregirla. Por desgracia, ambos textos, en la actualidad, no han sido localizados en ninguna biblioteca de la ciudad de México y es una lástima.

La misma enfermedad que la hizo abandonar su semanario le provocó la muerte en septiembre de 1896. Pero sus ideas y pensamientos, aunque empolvados por el tiempo, siguen en la vanguardia.

¿Queréis saber quién soy?

*Yerto erial, ave de paso,
que acercándome al ocaso
de la vida donde estoy,
con ansia buscando voy
una elegía a la mujer,
cuya suerte comprender
puedo sólo conmovida
quien vegeta con su vida
quien palpita con su ser.
Yo también he delirado
entusiasmada a mi vez
con la rica esplendidez
del mañana ambicionada
con la esclava del pasado
lanzándose al porvenir
para guiar y redimir
las nuevas generaciones
uniendo sus instrucciones*

a la ciencia del sentir.

(Respuesta, 1888)

3. Una violeta con estilo

*Hay en la vida de los recuerdos
dichas sin nombre, dolor inmenso,
dudas, pesares, encantos, sueños,
blancas visiones, mudos espectros,
fragantes brisas y helados vientos;
pero en el álbum de mis recuerdos
hay uno solo que yo conservo
fijo, inmutable, tenaz, eterno.”*

(*Rimas*, Mateana Murguía)

Ingenio, ironía, anécdotas divertidas y un estilo ameno fueron las características que distinguieron los textos de Mateana Murguía, poeta y periodista mexicana; profesora *de* primaria por profesión, escritora por vocación.

En sus poemas le cantó a la mujer y a su patria, a la naturaleza y a las regiones más hermosas del país. A través de sus escritos reflejó la vida cotidiana de las mujeres del siglo XIX, sus costumbres preocupaciones, sus diversiones y sus formas de ser.

Sobre sus primeros años de vida existen pocos datos. Se sabe que la pequeña población de Etzatlán, Jalisco, fue testigo de su nacimiento, el 21 de septiembre de 1856. A los cuatro años, junto con su familia emigró a la ciudad de México, donde tuvo la oportunidad de aprender a leer y escribir. Su padre fue un eminente

médico de la época, el doctor Manuel Murguía, quien fue determinante en la formación académica de su hija.

Se casó muy joven, a los diecinueve años, con el señor Enrique Stein, con quien tuvo a su hija, que fue bautizada como María.

Posiblemente se hubiera dedicado absolutamente a su hogar, pero al año de casada quedó viuda. La triste situación la forzó a superarse tanto por ella como por su hijita.

*Si pudiera librar te mi amor profundo
de los negros pesares que ofrece el mundo,
te trazara una senda de blancas flores
donde sólo encontraras dichas y amores.
Mas si no puedo hacerte tan venturosa
como sueña mi alma, oye amorosa
mi voz enternecida cuando te dice:
Dios a las niñas buenas ama y bendice,
Sé siempre buena
y alivia del que sufre la negra pena.”*

(A mi hija, Mateana Murguía)

“Lloró amargamente su desventura —narra su amiga Laureana Wright—, pero supo sobreponerse”, y para salir adelante se preparó lo mejor que pudo. Las sociedades literarias “Las hijas del Anáhuac” y el Liceo Hidalgo la orientaron para perfeccionar sus conocimientos y en 1878 se recibió como profesora. Durante dos años dirigió la Escuela de Huichapan. De 1881 a 1887 trabaja en Guadalajara, al frente de otro centro escolar. El presidente del Ayuntamiento le dio un reconocimiento por se la primera

profesora del país en poner en práctica la gimnasia de salón. Durante seis años se dedicó absolutamente a su profesión, dio clases en primarias de provincia y en la ciudad, llegó a ser directora de varias escuelas. Fue la primer maestra en poner en práctica la gimnasia de salón.

Por indicaciones del mismísimo señor presidente Porfirio Díaz, dirigió la Escuela de Párvulos, anexa a la Normal.

En 1885 volvió a casarse, esta vez con el licenciado Tomás Eguiluz, y por desgracia, a los veintisiete días, volvió a enviudar, ya que su esposo fue víctima del tifo que se propagó en la ciudad de Guanajuato, lugar donde habían decidido radicar. “Fuerte siempre contra el dolor, volvió a emprender de nuevo sus trabajos”, recuerda Laureana.

En la Escuela de Artes fundó un periódico redactado por señoras titulado *Violetas*, invitó a colaborar a varias poetas mexicanas, entre ellas a Laureana Wright, y desde ese entonces se hicieron grandes amigas.

No es la indulgencia de la amistad sino la imparcialidad de la justicia la que mueve nuestra pluma al tributar un pálido elogio a la mujer que, sola y combatida por la suerte, ha sabido sostener con el fruto de su talento, con su honorífica profesión, su dignidad de señora y jefa de familia, sin que la miseria, escollo ante el cual se estrellan generalmente la ineptitud y la timidez femeninas, haya podido penetrar jamás en el sagrario de su hogar, donde ha velado con solícito interés por la tranquilidad de sus padres, de sus hermanos y de su hija, cuya educación, con noble afán

impulsada, es el sueño dorado de su ilusión.

Fue así como esa amistad influyó para que cuando Laureana fundara *Las violetas del Anáhuac*, no dudara ni un sólo instante para invitar a Mateana y ella en colaborar semanalmente ya fuera con poemas, charadas, crónicas o ensayos.

Precisamente en 1887 se casó por tercera vez, en esta ocasión con el periodista Agustín Aveleyra, con quien tuvo un hijo que se llamó igual que su padre.

Cuando sientas que nublan tu frente

Las tristezas que enlutan el alma

Y que hieren tu pecho, implacables.

Los punzantes dolores que matan

Cuando mires que el mundo deshace

Una a una tus dichas soñadas

Y el altar de tu fe ya no se alumbra

Con su luz la bendita esperanza

Ven a mí cuando llores

Que puedo confundir con las tuyas

Mis lágrimas

Y secar con mis besos tus ojos

Y curar con mi amor tus desgracias

(A mi hijo Agustín, poema)

Durante todo el tiempo que colaboró en *Las violetas del Anáhuac*, desde el primer número hasta el último, publicó artículos sobre la situación femenina, especialmente, y sobre temas generales. En algunos de sus artículos Mateana Murguía describió ciertos tipos

mujeres cuyo carácter, comportamiento y reacciones en determinadas situaciones las distinguían de las demás. En su primer artículo publicado en el semanario, titulado “Algo sobre toros”, hizo referencia a las damas que gustaban de asistir a ese espectáculo, las calificó “lindísimas pollas”, de corta edad, vanidosas y consentidas pues, según sus apreciaciones, estas jóvenes asistían a la fiesta taurina con única finalidad de presumir su vestuario, de presenciar escenas “soeces” y conseguían su fin porque sus “débiles padres” cedían con facilidad a sus caprichos. Convencida de que el arte taurino no era digno de ser admirado por una dama, en los siguientes párrafos describió los momentos difíciles que vivían las mujeres que se encontraban en las tribunas:

Las incautas, en el pecado llevan la penitencia; porque al oír la infernal gritería de los concurrentes, que en un lenguaje espantosamente inmoral expresan su salvaje entusiasmo al aplaudir no la habilidad de los lidiadores, sino la bravura del bicho que ha tirado a picador, o matado a un caballo, o puesto en peligro la vida de un torero, se convencen de que ellas mismas, al tener la imprudencia de presentarse en algún lugar que no les corresponde, autorizan la falta de respeto con que el público las ve, lastimando sin escrúpulos su dignidad y pudor.

Avergonzadas de sí mismas, nerviosas y calenturientas vuelven a casa con la resolución de no exponerse otra vez a que los mismos que las han incensado en los salones, deslizándose en sus oídos frases de amor y de admiración, las insultan en los toros permitiéndose esa libertad de lenguaje, sin recordar que allí están

ellas... sus ángeles, sus diosas, sus reinas a quienes olvidan por completo, pues en los toros los hombres no son sino desenfrenados taurófilos.

Burlona e irónica, Mateana deseaba convencer a sus lectoras para que no asistieran a los toros, pues se trataba de una “loca afición”, en donde los hombres dicen palabras “capaces de avergonzar a un carretero”, pero no dignas de ser escuchadas por las mujeres.

Aceptaba que algunas de ellas podían asustarse en verdad ante tal espectáculo porque están acostumbradas a la tranquilidad del hogar, a ser comparadas con rosas o ángeles. Sin embargo, también admitía que otras fingían su comportamiento. Entonces, escribió varios artículos sobre las formas de ser femeninas.

Escribió sobre las “románticas y púdicas”, y con sutil ironía dijo de ellas:

Conozco otras que desempeñan el papel de románticas y no saben ver morir a un mosquito, porque la sangre las horroriza. No se desmayan, eso sí, ni les dan ataques de nervios, ni padecen nada de lo que pudiera hacerlas aparecer románticas, pues aborrecen el tipo, pero hacen todo lo posible para aparecer excéntricas, excepcionales y muy distintas de la masa común de su especie.

Con el mismo estilo describió a las “púdicas” y en sus expresiones puede apreciarse su total desacuerdo con esa forma de ser; tal vez sus comentarios personales no eran muy profundos pero enumeraba los rasgos precisos que permitían formarse una imagen de ese tipo de mujeres:

No quiero dejar en el tintero a las púdicas que no se atreven ni

siquiera a llamar por su nombre a las piezas de ropa interior; que se escandalizan de todo, y que sin embargo, son capaces de sostener la conversación más simple y más salpicada de doble sentido, porque estos ángeles tienen pervertida la imaginación y constantemente acechan una oportunidad para dar, con todo recato, rienda suelta a los pensamientos que las atormentan. Estas castas susanas obligan, aun a las personas de su familia, a hablar casi con enigmas y a completar su conversación con gestos que ellas sorprenden siempre y que interpretan a la perfección.

Pero Mateana no se dedicaba únicamente a describir el proceder de algunas mujeres, también externaba su opinión, con la cual trataba de explicar tal comportamiento femenino.

Para ella la educación tan superficial que recibían las mujeres era, la causante directa de esa conducta equívoca; aseguraba que mientras se les enseñara el arte de engañar y no el de aprender, seguirían actuando erróneamente, convencidas de que es natural no decir lo que sienten, fingir y engañar para lograr sus propósitos.

Fue común que en varios escritos Mateana asegurara que ciertos errores del carácter femenino eran originados por la mala educación que recibían, aunque también aceptó que la posición social de algunas podía influir en su proceder.

En uno de sus artículos titulado “Los elegidos”, intentó demostrar que la vida social de la clase privilegiada provocaba que las mujeres se volvieran vanidosas, frívolas, críconas e incapaces de atender a su familia.

Sin mostrar deseo alguno de ofender, calificaba de “pollitas

insípidas y casquivanas” a las mujeres aristocráticas. Según ella, dichas muchachas no tenían más gracia “que la de recortar hábilmente a todo hijo de vecino”, vivían esclavas de la moda, eran intrigantes y mordaces con aquellos que no les simpatizaban. En cuanto a las mujeres de clase media, las describía también con severidad, sobre todo a las que intentaban aparentar lo que no eran y presumir de lo que no tenían.

Por ejemplo, escribió una divertida crónica sobre unas chicas de clase media que, en su afán de festejar un día especial y de quedar bien, pese a todo, gastaban más de lo necesario, viéndose precisadas a pedir prestado. En el caso narrado, las personajes solicitaban quince pesos a familiares y amigos para distribuirlos de la siguiente manera: Seis para la comida (mole y pulque), cuatro en los músicos tocarían de 9 a 11 de la noche), la misma cantidad para botanas carnes frías y anisete) y un peso en “estearina”.

Parodió las situaciones que vivieron esas muchachas, sus preocupaciones, fatigas e incomodidades, ya que la mayoría de los convidados a esa reunión cometieron la imprudencia de llevar más gente, lo que causó contrariedades, gastos de más y comentarios maliciosos:

Así se hace, como puede aumento de comida, improvisar mesas, pide platos y cubiertos en la vecindad y por fin, a las tres de la tarde, se sientan a la mesa. Terminada la comida sigue el baile que dura hasta las once, según el programa. Al fin la familia queda sola comentando y lamentando la confianza de sus amistades, que las han obligado a ponerse en ridículo, a gastar

más de lo que se habían propuesto, a contraer nuevos compromisos y que al fin no han quedado satisfechas, pues la criada sorprendió diálogos como el siguiente:

— *¿Habrá Ud. visto desplante de estas gentes? Convidar a uno para darle de comer a las tres de la tarde, un mole que era más carne de puerco que otra cosa, y un arroz que había pasado por donde venden manteca.*

— *¿Y qué me dice Ud. del pulque, mi alma? Le dijeron a que te endulzo y al pobre lo engañaron porque la verdad estaba... incapaz.*”

En Mateana Murguía existía la firme convicción de que la mujer, a pesar de poseer grandes virtudes, podía caer fácilmente en errores como serían la vanidad, la pedantería, el gusto por lo superficial, el deseo de lucir y rivalizar con las otras, así como mostrarse indiferentes en el “cultivo” de su talento artístico o doméstico si su educación continuaba tan decadente.

Por lo tanto, en varios de sus artículos, aseguró que era muy importante inculcar en las mujeres, desde temprana edad, la modestia, el don de apreciar lo útil y de rechazar lo trivial, así se comportaría con acierto en sociedad, pero también desempeñaría en forma correcta sus labores domésticas y serían capaces de educar a sus hijos.

Las ideas anteriores influyeron de tal manera en Mateana que llegó a publicar un escrito titulado “Educación doméstica” y en él sostenía lo conveniente que resultaba educar a la mujer porque de ella dependía la de sus hijos.

Desgraciadamente cuando la mujer no está bien educada se convierte en un positivo mal para sus hijos, y tanto más temible cuanto a las virtudes o defectos de la madre se reflejen en los seres que sienten la influencia de su ejemplo.

Con cierta indignación decía que la mujer no tenía la instrucción suficiente para dar a su hijo “el alimento intelectual y moral que pueda digerir su espíritu y su inteligencia”, por lo tanto consideraba injusto que mientras los hombres pasaban los mejores años de su vida estudiando para adquirir una profesión, la mujer que estaba destinada a “desempeñar la sublime misión de ser madre”, no era instruida por nadie, sólo actuaba por instinto maternal y por amor, “sus únicos auxiliares de su grandiosa obra”. En torno a la educación femenina, también escribió sobre quienes la impartían a nivel escolar, las maestras. Ella como profesora, experta en la situación de sus colegas varias veces denunció el grave problema que sufrían las mujeres que había elegido serlo. Así pues, en su artículo “El profesorado en México” describió a “la pobre y modesta joven que, obligada por la necesidad, sacrifica sus mejores años dedicándose al estudio”.

Pero no sólo eso preocupaba a la periodista, le indignaba el sueldo tan miserable que daba el Ayuntamiento y más aún que por el hecho de ser mujeres ganaran menos.

Por una disposición que no nos atrevemos a calificar, los profesores disfrutaban de sesenta pesos y las profesoras sólo reciben... ¡cuarenta y cinco pesos! Y aunque los sesenta no son tampoco suficientes para atender a los gastos de una familia, que

además de alimentación necesita lavandera, criados, ropa, calzado, etc. Los 45 lo son mucho menos. Pero, los profesores tienen al menos la posibilidad de salir por la noche a dar lecciones a domicilio pudiendo allegar por este medio otros recursos; pero las profesoras, casi todas jóvenes, mientras su debilidad no esté suficientemente respetada por la cultura de nuestros compatriotas, no se atreven a salir de su casa para volver a las 8 o 9 de la noche, pues bien saben que en el camino encontrarán mil impertinentes que las importunan y disgustan; además el trabajo intelectual y físico que han sostenido todo el día agota sus fuerzas y no les deja ánimo para una nueva tarea.

Concluía su escrito esperanzada, confiaba en que “la ilustrada Comisión de Instrucción Pública” mejoraría las condiciones salaria-[es del profesorado mexicano.

Fue tan cierta su inquietud por las profesoras de México que el 10 de marzo de 1889 publicó una carta dirigida al señor Regidor Ramón Rodríguez Rivera, en donde le informaba la restricción de sueldos y la diferencia por pertenecer al sexo femenino. Le reiteraba que las maestras no podían tener como alternativa dar clases a domicilio “porque en México es todavía un delito que una señorita ande sola por la noche y además tener trabajos extras la deja sin fuerzas para entregarse a nuevas tareas”. Meses después publicó una nota donde agradecía que, sin distinción de sexos, los profesores de México hayan recibido un justo aumento de sueldo. Otro tema que fue punto central en sus escritos fue el matrimonio. Aseguraba que varios escritores de la época consideraban que el

matrimonio asignaba explícitamente papeles muy determinados a la pareja: A la mujer se le hacía creer que era la única responsable de la felicidad conyugal, mientras que al hombre se le decía que era “la cabeza del hogar”, él mandaba y debería hacer sentir su condición de amo.

Ante tal perspectiva, Mateana expresó su desacuerdo en varios artículos, esa distribución de deberes conyugales le parecía injusta, pues consideraba que tanto el hombre como la mujer tenían “el imprescindible deber de conservar el inapreciable tesoro que mutuamente se han confiado: su tranquilidad y su dicha. Así que, ambos debían sacrificar algo de sus ideas, de sus costumbres y de sus gustos, porque de los dos dependía que su matrimonio fuera estable y lleno de dicha”.

Argumentaba que si la mujer estaba obligada a complacer en todo a su marido, éste no tenía ningún derecho a tratarla como esclava, más bien debía ofrecerle su apoyo moral y físico, sin abstenerse nunca de toda consideración y finura porque en ese caso se volvería un esposo “desabrido, negligente y tal vez áspero”, una imagen que contrastaría en lo absoluto con el “rendido, galante y expresivo novio” que fue tiempo atrás.

No obstante, Mateana consideraba que en nuestro país era poco probable encontrar maridos despóticos, caprichosos, que con tono autoritario esperan ser obedecidos ciegamente por sus mujeres, pero en repetidas ocasiones describió esposos con las características anteriores:

Pero el tipo más insoportable, es el marido soberano. Este,

poseionado de su papel, no deja ni respirar a su consorte, no ha de salir sin el previo permiso de su dueño; no ha de salir de compras si él no lo autoriza; no ha de disponer de nada si él no lo sanciona; no ha de formar amistades si él no las acepta; no ha de hacer ropa si él no lo determina; en suma; no ha de tener ideas propias ni voluntad para nada pues él es su dueño y señor y soberano de todos sus actos.

Probablemente, para no desanimar a sus lectoras, redactó otro escrito titulado “Un marido como hay pocos” y describió a grandes rasgos a un esposo perfecto; tal vez exageró sus virtudes mas logró definir un personaje ideal, que con seguridad muchas de sus contemporáneas anhelaban.

Hace 11 años que está casado, y hoy está más enamorado de su mujer que en los primeros meses de luna de miel. Solícito, amante y afectuoso, no se fastidia de la sociedad de su compañera; la alaba con entusiasmo si toca una pieza al piano, si dice alguna chanza y sus miradas la siguen por todas partes.

Describió de la misma forma a la esposa de ese marido perfecto, una mujer que se caracterizaba por no ser vanidosa, por no entrar “en necias competencias”, por ahorrativa y buena madre.

En fin, Mateana Murguía deseaba demostrar que para ella el matrimonio dependía tanto del hombre como de la mujer.

Aunque a lo largo de los años que circuló *Las violetas del Anáhuac*, Mateana se caracterizó por escribir sobre la situación femenina, también tuvo espacio para reflexionar sobre temas de interés más general.

Rechazó severamente la situación de los mendigos de la ciudad, los duelos tan comunes en los caballeros de “honor” y la pena de muerte.

Los jurisconsultos de todos los tiempos han defendido unos y atacado otros, la bárbara ley de la pena de muerte, los que la defienden olvidan que toda pena debe estar revestida de estos caracteres: debe ser justa, ejemplar, reparable y útil.

“En nuestro concepto, la pena de muerte no tiene ninguna de estas condiciones. No puede ser justa porque los límites de la justicia humana no deben traspasarse hasta dictar penas absolutas; no es ejemplar, porque muchas veces las ejecuciones se hacen secretas, y aunque éstas sean públicas, los hombres no tienen ante sí constantemente el horrible espectáculo del ajusticiado; no es reparable, porque, si como ha sucedido muchas veces, desgraciadamente, no se le puede indemnizar del daño que se le ha hecho; y no es útil, porque ve destruye una existencia que quizá más tarde, por medio del arrepentimiento, pudiera ser útil para la sociedad.

Con el mismo estilo, escribió también críticas periodísticas, principalmente sobre obras de teatro, operetas y zarzuelas:

La decadencia del arte dramático, está de manifiesto: los tiempos de Castro, Mata, la Cañete, etc., como las golondrinas de Bécquer, no volverán.

La zarzuela ha invadido la escena y ha extraviado el gusto por la comedia; a esto ha contribuido no solamente la aparición de la zarzuela que el público acogió con entusiasmo corroborando la

opinión de que el hombre ha preferido siempre más lo que le divierte, que lo que le instruye; creemos que la ignorancia de muchos actores, del descaro, digámoslo así, con que se presentan a desempeñar los primeros papeles y del cinismo con que se atreven a destrozar la obra dramática más famosa, ha resultado que el público ofendido por esta falta de respeto, se refugie en la zarzuela, donde al menos no se insulta de esa manera.

También dio a conocer sus producciones literarias en variados géneros como la poesía, el teatro, el cuento y la novela. La mayoría con un mensaje o moraleja para sus lectoras. El texto titulado “Emilia” es un buen ejemplo.

No es exagerado el tipo de nuestra heroína y más de una vez he tenido ocasión de presenciar ejemplares semejantes, y como vos me he preguntado también: ¿Es realmente una virtud corresponder a las vejaciones, al maltrato y a las humillaciones de todo género con el amor más abnegado, con el sacrificio de la salud, de la dignidad, de la reputación y tal vez con el de la vida? Esas pobres mártires que hacen una religión del amor a su verdugo y que no comprenden el deber sin el sacrificio ¿Obrarán realmente inspiradas en los sólidos principios de una educación moral bastante elevada, o quizá obedecen a una ley ineludible y fatal y en tal virtud inconscientemente?

Como dijimos antes, su amistad con Laureana Wright fue muy estrecha, y eso puede advertirse en la biografía que escribiera Mateana sobre la directora de *Las violetas del Anáhuac*, publicada en el citado semanario en junio de 1888.

Bien sabemos que la Sra. Kleinhans, que no posee una modestia artificial, va a mortificarse verdaderamente; ella nos había advertido con toda sinceridad que no se hablara de su persona en nuestra publicación. Pero, nuestro caballeroso editor apoyó nuestra idea y hemos decidido engalanar este número con el retrato y la biografía de nuestra estimada Laureanita. Ya que ella se ha distinguido por sus ideas liberales altamente progresistas, por sus atrevidos rasgos y por sus filosóficas conclusiones; cualidades que si en un hombre son aplaudibles, en una mujer son título bastante para engrandecerla.

Conmovida y agradecida, poco tiempo después Laureana también publica una biografía de su querida amiga y después de narrar su vida concluye emocionada:

Tal es a grandes rasgos la vida de la Sra. Murguía, en quien nos complacemos en reconocer las cualidades poco comunes que la adornan, entre las cuales contamos, en primer término, la actividad y el trabajo que hacen de ella una persona útil a la familia y a la sociedad. Estudiar y aprender siempre es su norma, no limitando sus conocimientos a determinados ramos, sino cultivando todo lo que su rápida concepción la inclina a abrazar, dedicándose especialmente en sus horas perdidas, a combinar reformas sobre la enseñanza pública, a cultivar la música y la literatura, y en algunas épocas, empleando los días festivos que le dejaban libres sus tareas de profesora, a practicar la fotografía, en cuyo arte llegó a adquirir notables conocimientos.

Ante esta gran prueba de lo que es la ilustración en el sexo

femenino, nosotras, sí, con plena justicia exclamamos: Si la mujer en general pensase y obrase como la señora Murguía, no habría tantas viudas que se degradasen a sí mismas y a sus hijos, o pereciesen de hambre, por no ser capaces de cumplir con los arduos deberes de padre y madre, que con tanto acierto ha desempeñado nuestra inteligente biografiada.

Esa amistad quedó más clara cuando la señora Wright, por una enfermedad, decide retirarse de *Las violetas del Anáhuac* y dejarle la dirección a Mateana Murguía. Ella mantuvo el semanario con el mismo contenido y línea editorial. Por desgracia, sin explicación alguna contenida en la publicación, dejó de circular el 24 de junio de 1889, cuatro meses antes Mateana se había hecho cargo del periódico.

Aunque desapareció la tribuna creada por ellas, la señora Murguía continuó publicando poemas en otras prestigiadas revistas literarias. De igual manera, sus crónicas y ensayos se publicaron en otros periódicos, ya no con la misma constancia pero siempre con el mismo estilo. A tal grado que uno de sus biógrafos, Fortino Ibarra, consideró que “esta mujer es un ejemplo de lo que necesitan las periodistas para serlo”.

Con júbilo recibió la llegada del siglo XX y llegó a escribir en periódicos como *Vesper* y *El diario de las señoras*.

Destaca su presencia en el semanario *La mujer mexicana*, fundado por un grupo de mujeres que curiosamente encontraron sus primeras oportunidades periodísticas en *Las Violetas del Anáhuac*, es decir eran una generación que aprendió y siguió el ejemplo de

mujeres como Laureana y Mateana.

La citada publicación desde el primer número, que apareció el primero de enero de 1904, se declaró abiertamente feminista. La directora fue Dolores Correa Zapata, constante colaboradora en *Las Violetas del Anáhuac*.

Mateana proporcionó textos inéditos de su querida amiga Laureana, que fueron publicados en páginas privilegiadas de *La mujer mexicana* y colaboró cada semana, principalmente con poemas.

*Toda la casta juventud que vierte
Como lirio gentil, cual rosa blanca
Su aroma virginal, viene a adorarte
Ante exaltar augusto de la Patria
Es sonante cascadas de armonías
Que con las vibraciones de su alma
Entona el himno de su amor sublime
Y el cielo de tu gloria lo levanta
Viene a adorarte, Hidalgo, en tus altares
Viene a poner la victoriosa palma
Viene a besar tu ennoblecida frente
De luminosos astros coronada
¿Qué era la Patria cuando se mecía
La casta cuna que arrulló tu infancia?
Páramo inmenso donde el pueblo inerte
Sus odiosas cadenas arrastraba
(A Hidalgo, poema)*

Posiblemente, trató de continuar una tradición biográfica, y al igual que su amiga Laureana, escribió semblanzas de mujeres mexicanas. Entre ellas, Carmen Romero Rubio de Díaz, Catalina Altamirano y Amparo Escalante. Sobre una contemporánea suya, colaboradora también de *La mujer mexicana*, dijo:

La Sra. De Cuenca para satisfacer su noble ambición de estudiar, ha vencido poderosos obstáculos; pero su espíritu investigador, su constancia, su aplicación y su entusiasmo, rompiendo las trabas de la rutina y los diques de añejas puerilidades, la ha hecho salir vencedora de las grandes pruebas a que voluntariamente se ha sometido con el heroísmo y el afán de las almas superiores. Modesta sin afectación y entusiasta sin alarde, estudia siempre, anegando su elevado espíritu en las ondas de luz con que las ciencias envuelven a sus devotos.

Algunos de sus poemas fueron seleccionados para formar parte de la antología *Poetisas mexicanas*, publicada en 1893 y cuya edición estuvo a cargo de José María Vigil.

*Lozana ayer, fragante se ostentaba
luciendo sus espléndidos colores,
y del sol a los vívidos fulgores
en su tallo gentil se columpiaba.*

*“El céfiro amoroso la besaba
Al arrullo de tiernos ruseñores:
Era la reina entre las flores,
y el pensil orgullosa engalanaba.*

(A una rosa, Mateana Murguía).

Un día después de su muerte, el semanario *La mujer mexicana*, le dedicó un número especial en su honor. El encabezado de la publicación delataba un homenaje a “la inspirada poetisa . Cada página la recordaba, cada palabra le rendía culto y cada expresión recuperaba a la gran mujer que ella fue.

Antonia L. Ursúa, fundadora de la publicación, la calificó de “simpática luchadora cuya fe en la causa de la educación nacional no se eclipsó un solo instante, no desmayó un solo día. Ha muerto al pie de su sagrada bandera, con nuestros propósitos de seguirla e imitarla.” Colegas, periodistas, amigas y alumnas la calificaban como profesora inteligente, excelsa poetisa, notable escritora, madona rodeada de ángeles. Su hijo, Agustín Aveleyra escribió: *Cuando el equilibrio se rompe, cuando la materia se dispersa, se desorganiza, cuando vuelve a la madre tierra para confirmar perennemente el principio: “Nada se crea, nada se pierde; todo se transforma” – se dice que una persona ha muerto. En ese caso, la inspirada, la tierna poetisa Mateana Murguía de Aveleyra, ha muerto.*

Yo creo en la prolongación de la existencia más allá de la muerte. Con la quietud absoluta aparente, con la inmovilidad de las fuerzas –con la muerte- que producen el movimiento que constituye, no concluye todo.

La eximia poetisa Mateana Murguía vivió en la tierra una vida completa, intensa, una vida doble: una vida de amor –asperjada de placeres y lágrimas- y una vida de arte, impregnada de dulce melancolía. Amó y fue amada hasta el vértigo. Su alma blanca

*sufrió todos los dolores y gozó todas las efímeras dichas humanas.
Fue pródigo como una opulenta princesa de cuento árabe.*

Por su parte, Josefa López, escritora y gran amiga de Mateana, escribe un adiós lleno de nostalgia y honesto cariño:

*23 de junio de 1906, fecha luctuosa para la república de las letras.
Ese día con luz de alba y ambiente matinal, a esa hora en que las
rosas no han abierto su broche, todavía en que las vírgenes no han
terminado sus ensueños de oro, dibujase en la puerta de nuestra
redacción la figura de una hada, orivada de la Aerópolis de
Atenas y nos habló así: Sabed, señoras que Mateana ha muerto:
sus ojos no brillan, su cerebro no irradia ya pero su espíritu
divino, mina en el Partenón, yo la vi... Dijo y desapareció: Y sus
amigas derramando copioso llanto exclamamos: ¿Cómo ha
muerto, la que luchó incansable, la sublime maestra que nos
suministró sanos principios, blancas enseñanzas. La dulce poetisa,
la correcta escritora, profesora competente...*

Fue a las dos de la mañana de ese 23 de junio de 2006, por una enfermedad que padecía desde hacía tiempo atrás, que Mateana Murguía murió.

Una enfermedad que padecía desde hacía ya tiempo, la cual la postraba en la cama con altas temperaturas, fue la causante de su muerte en 1907.

*“En el cáliz de las flores
en las gotas de rocío
del sol en los esplendores
y en el iris de colores*

*miro tu poder, Dios mío.
Eres justicia y bondad:
de bienes y amor, tesoro;
tu bendito nombre adoro,
y en la dura adversidad
tu santa clemencia imploro”.*
(A Dios, Mateana Murguía).

5. Dos violetas inolvidables

A finales del siglo XIX dos mujeres caminaban presurosas por las calles del centro de la Ciudad de México. Se dirigían, emocionadas y optimistas, a la Imprenta de Aguilar e hijos, situada en la 1ª de Santo Domingo 5, esquina Santa Catalina y Encarnación. En ese lugar, cada semana, de 1887 a 1889, entregaban generosas el original de su periódico, *Las violetas del Anáhuac*. Y esperaban pacientes que el parto editorial fuera rápido y les permitiera tener entre sus brazos un ejemplar más. Revisaban cada página, les enorgullecía la portada, siempre ilustrada con la imagen femenina de una mujer mexicana que destacaba por su talento y ejemplo. Laureana y Mateana estaban firmemente convencidas que su semanario representaba un medio necesario para que la mujer del siglo XIX pudiera ensanchar sus conocimientos, ya que, si las puertas de la cultura se le empezaban a abrir, era indispensable que diera a luz sus ideas para extender las a todas las mujeres, con la finalidad de convencer a la sociedad de su capacidad y para que todas las mexicanas se interesaran por participar en el campo

periodístico que les ofrecía todas las facilidades para informarse sobre aspectos científicos, culturales y sociales, sobresaliendo aquellos relacionados exclusivamente con el sexo femenino. Estas dos violetas editaban su periódico femenino, no sólo para entretener o divertir a sus lectoras, se proponían con afán ilustrarlas, permitiéndoles al mismo tiempo la posibilidad de explicar, por experiencia propia, su sentir ante la realidad que vivían, rechazándola o aceptándola, pero haciéndolas poseedoras del espacio necesario para expresar sus ideas y así manifestar el verdadero pensamiento de la mujer del siglo XIX.

Si bien Laureana y Mateana no proponían en muchos casos un rompimiento total con las costumbres de la época, al menos proponían reivindicaciones concretas, considerándose capaces de recibir una buena educación porque estaban dotadas de las mismas facultades intelectuales que el hombre. Las dos demostraban tener la fuerza suficiente para enfrentarse a la sociedad al publicar sus ideas, que quizá eran sencillas y modestas, mas, estimulaban a las mexicanas para estudiar, inculcándoles el hábito de leer, intentaban rescatarlas del anonimato ya fuera invitándolas a enviar sus escritos a la redacción o al publicar las biografías de aquellas, que habían logrado sobresalir en alguna profesión.

Estas dos violetas trataban de destruir la indiferencia de la sociedad ante los aportes y sacrificios del sexo femenino, realmente intentaban romper un largo silencio para decirnos con ahínco, como titularon uno de sus primeros artículos: ¡Aquí estamos!; y en algunos de sus textos se advertía cierto desacuerdo

con su realidad, así que ofrecían puntos de vista interesantes y novedosos:

Despreciando como merecen antiguas ideas que hacían considerar a la mujer como máquina para la procreación, como una cosa de lujo para los ricos, como necesaria para el pobre, a fin de que lavara, planchara, cosiera, en una palabra, una sirvienta; rechazando tan groseras opiniones, debe el hombre juzgarla con imparcialidad y no podrá menos que reconocer que es tan digna, tan capaz de poseer una instrucción vasta y útil como él; que influye tanto en el porvenir del hombre, que desde la cuna comienza a sentir sus efectos, de una manera tan directa que no podrá negarla. Y como si estas consideraciones no fueran bastantes, tenemos pruebas indiscutibles. Han existido y existen mujeres fuera y dentro de nuestra patria, dignas de admiración y respeto. Ellas demuestran al mundo que la mujer está igualmente dotada por la naturaleza de todo lo necesario para ocupar un lugar igual al del hombre. Así, pues, la mujer debe aprender no sólo los quehaceres de su casa y todo aquello que puede llamarse de ornato en sociedad, sino que debe, como el hombre, tener una profesión o aprender algo que le proporcione los medios de subsistencia.

Laureana y Mateana, poetas, escritoras, periodistas, maestras, mujeres del siglo XIX, el color violeta marca la huella de dos precursoras inolvidables de la vida femenina en México del ayer y del mañana.

Bibliografía

Buckus, Bárbara Ann, *La mujer mexicana en el siglo XIX*, México, UNAM, 1959.

Calderón de la Barca, Madame, *La vida en México*, México, Porrúa, 1967.

Cano y Lezama, Tadría P., *La mujer y el feminismo*, México, UNAM (Tesis), 1984.

Castellanos, Rosario, *Mujer que sabe latín*, México, FCE, 1984.

Diccionario Porrúa de Historia y Geografía de México, México, Porrúa, 1976.

Hernández Carballido, Elvira, *La prensa femenina en México durante el siglo XIX*, México, UNAM (Tesis), 1986.

-----, *La participación femenina en el periodismo nacional durante la Revolución Mexicana*, México, UNAM (tesis de doctorado), 2003

Hernández, Silvia, *México: su historia a través de sus mujeres*, México, CONAPO, 1975.

Ibarra de Anda, Fortino, *Las mexicanas en el periodismo*, México, Imprenta Mundial (Tomo II), 1934.

Inclán Perea, Ma. Isabel, *Suplemento Doble Jornada*, México, UNAM (Tesis), 1989.

Navarrete, Laura y Blanca Aguilar, *La prensa en México. Momentos y figuras relevantes (1810-1915)*, México, Addison Wesley Longman, 1998

Rodea Centeno, Arelén Esther, *Mateana Murguía de Aveyra, periodista*, México, UNAM (tesis), 2009

Toussaint, Florence, *Escenario de la prensa en el Porfiriato*, México, Fundación Manuel Buendía, México, 1989

Vigil, José María, *Poetisas mexicanas*, México, UNAM, 1977.

Wright, Laureana, *Mujeres notables mexicanas*, México, Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, 1910.

PERIODICOS

1. *La mujer mexicana*, 1905.

2. *Las violetas del Anáhuac*, 1887-1889.